

EL HACKER

Reynaldo Marcos Padua

Ah, dijo, "entonces todo eso es mentira". Bueno, mentira, le dije yo; usted podría usar una palabra más cortés, podría decir ficción.

Jorge Luis Borges, en una entrevista con
Osvaldo Ferrari



La barca de los locos II, 1993. Óleo sobre lienzo, 24" x 32".

Era sumamente delgado y pálido. Todavía las huellas de la adolescencia se registraban no solamente en su rostro sino en ademanes, en algo de la voz, especialmente en un nerviosismo típico de esa edad de inseguridades y coraje. Se levantó, como siempre, cerca del mediodía y no vio nada extraño de momento, porque tardaba en desperezarse abriendo y cerrando los ojos, bostezando exageradamente y reafirmarse de que se hallaba de nuevo en su laboratorio. Cuando dio la última bocanada de aire abrupta, el entorno lo dejó atónito. No era su cama, ni su cuarto lleno de equipos electrónicos con más de tres computadoras y una portátil. El

ambiente era neblinosamente blanco, con no poco de gris, como las nubes que se preparan para una fuerte llovizna. Era un gris blancuzco, casi de niebla. Se alzó y se tocó buscando a ver cómo estaba vestido. Sí, estaba en sus mahones cortos, con la camiseta que decía *Bevis & Butthead*, y las caricaturas de ambos necios de ficción. Llevaba sus habituales zapatos tenis Fila, sin medias, y ahora cargaba en su mano izquierda las habituales gafas azules.

Era un poco extraño, pues si despertaba por estar acostado, debía hacerlo en calzoncillos. Así dormía. Nunca cuando

trabajaba en su "laboratorio" como llamaba a su cuarto. Y no haberse dormido nunca frente al ordenador. Por el contrario, si le picaban los ojos o algo le molestaba fueran sus manos, la espalda, sabía detenerse y pasar al camastro donde tomaba una pequeña siesta y luego continuar con su labor favorita.

No iba a la escuela. Se había graduado de la Superior, pero la tecnología le pagaba demasiado bien. Era indudablemente un genio. En tiempo de nada arreglaba una que otra computadora, cobraba razonablemente y nunca le faltaba cash. Hacia otros trabajos de *cracking* a buen precio. ¿Un programa acabado de salir? Rompía el código y lo vendía por una miseria y ganaba con la actividad. El resto del tiempo era estudiar los sistemas y revertirlos, buscarle su talón de Aquiles, deshojar las aplicaciones, entrar a páginas en línea que revelaban esos y otros muy pocos secretos para él que apenas guardaba el mundo tecnológico. Se enorgullecía de hacer todo en lenguaje binario, directo del código, nada de prehechos. Otra parte del tiempo, pasaba intercambiando correos electrónicos en clave con miembros de esa elite, de seres más allá del bien y el mal, capaces de hacer temblar naciones y gobiernos, para quienes no existe límite ni contraseña que se les sostenga, y para quienes es cuestión de tiempo y pensamiento, el más seguro de los edificios informáticos en la red.

Por eso no entendía de momento lo que estaba aconteciendo. A medida que la niebla se disipaba, notó que estaba en un inmensísimo salón poblado de ordenadoras y aparatos que no pudo reconocer de inmediato, pero que su inteligencia avezada le hizo saber que serían de indudable tecnología futurista. Un niño como de 12 años se le acercó. Un hermoso niño de rostro serio con un alto destello de inocencia. Solo dijo:

- Ven, que ya van a empezar.
- ¿Empezar qué?
- El juicio.
- ¿Juicio de quién?

El infante, vestido de un blanco metálico siguió adelante sin responderle. Llegados a una especie de anfiteatro, le pidió amablemente que se sentara en una silla grande y gris pulida. Obedeció, un tanto extrañado todavía. Una inmensa pantalla se prendió de golpe y una suerte de coro de gentes vestidas de color blanco apareció en escena. La forma de las gentes parecía como si estuvieran allí mismo en persona. El niño que acompañaba desapareció. Aquel inicio de la sesión parecía ocurrir dentro de su cabeza. Permanecía sentado pero escuchaba todo dentro de sí. Y mientras miraba la inmensa pantalla era igual: todo estaba allí adentro también, sin importar que cerrara los ojos, nada cambiaba alrededor. Hasta para él, acostumbrado a los prodigios tecnológicos, aquello era extraordinario.

Poco a poco empezó a entender que cuanto allí se proponía, lo identificaba como el culpable de indecibles crímenes que él sabía muy bien que no podía haberlos cometido jamás. Se hablaba de miles de muertos por razones que desconocía. Se mencionaba unos suicidios por daño en las computadoras alrededor del mundo. Se dio énfasis al caso de un estudiante doctoral que perdió su tesis en un apagón causado por él, por un virus creado por él, y del que aquel no pudo reponerse pues no tenía copias, desesperado se envenenó. Se habló de daños inconmensurables en países pobres que se quedaron sin nada al afectarse sus sistemas. Se habló de muertes en hospitales por iguales razones, daños morales, sufrimientos, frustraciones a largo plazo, para quienes perdieron la única y posible computadora que habían recibido de regalo; estudiantes fracasados por la pérdida, niños que quedaron sin sus distracciones y cuyo destino posterior siguió un rumbo hacia el crimen. La cuenta crecía y crecía y parecía que un monstruo inhumano se perfilaba por la obra de aquel irresponsable insensible que se había divertido jugando con su inteligencia y su capacidad para la técnica. Él miraba y no sentía, absorbía toda la prueba presentada, pero sin saberse responsable de cuanto se le acusaba. Tampoco podía recordar mayores cosas que las pocas que en su cerebro aparecieron al despertar. ¡Eso! ¡Todo aquel enjuiciamiento era un sueño! ¡No podía ser otra cosa! Pero la pantalla continuaba prendida y el juicio parecía no terminar. Cerraba los ojos y continuaba, como en una película proyectada.

Todo se apagó de súbito. Aun cuando el juicio estaba en pleno. Una oscuridad sin nombre, junto a un silencio absoluto, se apoderó de su conciencia. Y el tiempo discurrió como una eternidad en su mente apaciguada. Entonces se incorporó como la primera vez. Estaba otra vez en el cuarto "laboratorio" y sus computadoras estaban allí prendidas. Había estado practicando con la metodología de unos virus informáticos, que era algo relativamente nuevo en el ámbito de la informática. En su ser solo cabía la diversión imaginada y la fosforescencia de la inteligencia cibernética. Vio cruzar por su cerebro la manera de dañar una computadora a distancia, de saltar por encima de los protocolos de protección básica y dejar establecido unos muy pequeños y básicos programas comandables previamente, para desactivar y destrozarse los parámetros de funcionamiento de una ordenadora normal y volverla juguete de sus decisiones soberbias. Y no solo eso, el proceso lo tenía allí frente a sí; sabía exactamente, en progresión geométrica, cuántas se dañaban por millares cada minuto, en todo el mundo. Un poder acechante y siniestro era su disfrute, y gigantesco su poder dañino; sin embargo, tampoco era un crimen mayor a sus ojos. Conocía perfectamente cómo entrar a las cuentas de los bancos y robarse millones. No lo había hecho y no lo haría. El dinero le importaba un bledo. Tenía suficiente y no entendía la cosa de acumular dinero. Podía



Odisea II, 1998. Óleo sobre lienzo, 24" x 32".

haber hecho daño a sus enemigos, pero... tampoco tenía enemigos. Los ermitaños carecen de enemigos. Podía entrar y desactivar socialmente a quien quisiera, lo que costaba cantidades inmensas de dinero, esto era matar socialmente a alguien, eliminarlo del cuerpo social sin liquidar su cuerpo. Esto solo lo había hecho una vez, casi sin poner la mente en ello; cobró y olvidó. No aceptó más tareas semejantes. Era demasiado fácil y hasta aburrido. Podía robarse señales de televisión por cable, de satélites, de teléfonos celulares (como el propio que era gratis para la eternidad.) Sí, su poder era inmensísimo, pero no le satisfacía; sin embargo, encontró placer en modificar virus informáticos y reinsertarlos para darse el gusto de verlos dañar progresivamente computadoras a escala mundial. Había colocado en la pared de su laboratorio mapas del mundo con tachuelas de colores que significaban territorio dominado. Apenas comía bien pues estas actividades absorbían su tiempo de sol a sol, y comer era la menor de sus preocupaciones: algunos dulces de paquete, algún sándwich de atún malamente hecho, bolsitas de papitas; en otras palabras, comidas de chatarra llenas de sal y de azúcar en su peor estado. A veces, alguna comida rápida como

hamburguers o pollo frito con papas de alguna cadena mayor. Cuando debía, obligatoriamente, ir a darse una vuelta (había ocasiones para hacerlo), caminaba con sus gafas azules que le daban un aspecto de ser de otra esfera. Flaco y con gafas y pálido caminaba distraído por la calle, cruzaba sin mirar con números binarios zumbando como mosquitos en su cerebro.

Se acercó a una esquina y el sol era intenso. Se quitó las gafas azules para limpiarlas en su camiseta y estaba sentado en la silla frente a la inmensa pantalla. Todo era igual al sueño. Pero, ¿había sido sueño? ¿Y por qué estaba ahora allí de nuevo? No, no podía ser. El juicio parecía continuar, o mejor dicho nunca había terminado. Él solo había recordado la forma que había hecho uso de la tecnología de los virus. Nuevamente se recomenzaban las acusaciones, unos jóvenes lo señalaban y hablaban con severo seño y un abogado, ¿abogado aquel adolescente vestido de blanco? Pero sí, así lo percibía en su mente que, aunque no lo defendía directamente, sus contra argumentos le beneficiaban o parecían beneficiar o explicar sus acciones. Pronto le pareció que hacía meses (¿o años?) que estaba en esta insoportable situación. Si cerraba los ojos

buscando descansar los ojos, que ya empezaban a dar muestra de fatiga por el resplandor de la tecnología, era absolutamente inútil hacerlo, todo permanecía en la misma indetenible dinámica de la que no era posible alejarse.

Terminó de limpiar las gafas azules en su camiseta y se percató del brillo tenaz del sol. Y muy curiosamente, de entre aquel enjambre de números binarios que pululaban en su cerebro, recordó algo de un juicio tecnológico. Por primera vez en todo aquel tiempo sintió un pequeño frío de temor. Y de un brusco saltito se movió a la calle con idea de cruzar hasta la esquina sobre la cual se encontraba su apartamento. Solo bastaría subir las escaleras y regresar a su silla, donde fulguraba la pantalla prendida a perpetuidad. Se habló o creyó entender que se mencionaba algo como de que “el camino del infierno estaba empedrado de buenas intenciones”. Nunca antes se había mencionado la palabra aquella. ¿Infierno? Creyó haber oído lejanamente en su cabeza el eco de una risa de burla pero lo rechazó. El niño que había visto al inicio, se le acercó suavemente y lo tocó en el brazo. Preguntó qué pasaba. El niño dijo que los enjuiciadores deliberaban. Lo llevó hasta el cuarto de donde al comienzo se despertara. La niebla era gris blanquecina. Y ya no vio tampoco al niño, fue sintiendo un fuerte picor en los ojos y deseos de dormir. Tuvo la sensación de que aquel proceso se había repetido innumerables veces y que más que un juicio parecía un castigo, pues fatigaba su alma.

Tendido en medio de la calle, las gafas azules estaban destrozadas e igual su cráneo que sangraba profusamente. El vehículo que lo impactó se dio a la fuga y por el momento nadie parecía acercarse a darle socorro. Tenía los ojos bien abiertos. Quizá fue una mala percepción del tiempo pues sintió que lo recogían y colocaban en una camilla rumbo al hospital. Lo entraron a la sala de emergencia y de inmediato lo colocaron en una máquina tras limpiarle con líquidos estériles sus heridas. En el hospital, sobrevino un apagón de golpe y un gigantesco grito de gente sorprendida. Aún permanecía bajo el shock del accidente. Solo la luz de la máquina electrónica se amplificaba en aquel caos. Unas luces menos potentes se habían prendido, pero igualmente la situación se veía mal. Alguien gritó una mala palabra culpando la maldita tecnología. La condenada máquina de mantener la vida de algunos pacientes no fallaba por falta de corriente. Fallaba porque algún payaso en algún lugar del mundo había enviado un virus que la había puesto a fallar, escuchó decir. A trabajar lentamente, a fluctuar en su rutina, indudablemente todo redundaría en la muerte de muchos. Y él escuchaba y sufría por aquello, pues no quería morirse. Quería subir a su cuarto y empezar a cambiar un poco su vida. Empezar quizás a pensar mejor en ayudar, en lugar de dañar. A usar aquellos talentos que le fueron dados para que otros se beneficiaran y hasta ganarse algo a cambio en

el camino. Pero la máquina que tenía su vida entre sus cables parpadeaba maliciosamente tal y como él perfectamente reconocía que haría. Hasta con el bailecito en números que él mismo le había otorgado para que se descorriera de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Cerró los ojos ya no importándole si viviría o si moriría, un tanto desesperado. Y el color azul de las gafas le devolvió a la pantalla inmensa donde estaba sentado. El niño serio permanecía a su lado.

–Ya deliberaron, –dijo. Y dándole la espalda se alejó de él.

El anfiteatro era inmenso, la pantalla proyectaba un anuncio como de telenoticias. Se hablaba de un juicio en el que un sujeto de 22 años había sido hallado culpable por crímenes de lesa humanidad. Se trataba de un individuo especializado en sistemas informáticos, vinculado a una red de hackers al que el F.B.I había estado siguiendo por años y que había causado estragos mundiales con su perverso conocimiento de la tecnología avanzada. A continuación se hablaba de un joven muerto, atropellado por un motociclista que corría a alta velocidad mientras aquel intentaba cruzar la calle frente a su residencia. El peatón no había sobrevivido por un fallo en las computadoras en el cuarto de emergencia. Se sospechaba mano criminal en el daño tecnológico sufrido en las máquinas del hospital capitalino.

También vio un anuncio que no se notaba enteramente. Era el rabo de un anuncio de una estela de un avión en la que apenas se leía algo como “...empedrado de buenas intenciones”. Y vio nuevamente al niño serio a su lado.

–¿Vienes a buscarme de nuevo?, –le dijo ya un tanto angustiado.

–Para qué –le dijo, ya estás conmigo para siempre.

Tan pronto se quitó las gafas azules, los ojos del infante le parecieron que brillaban de un tono rojizo intenso y sin ningún destello de inocencia.